



Dos libros imposibles, según un libro impotente

Arcadi Navarro Cuartiellas

A mí, como a tantos otros, me llenaba de satisfacción la fantasía optimista de que las ideas de la Ilustración —con la ayuda de Darwin— habían triunfado sobre la visión del mundo basada en supuestas revelaciones divinas. Sin embargo, en la última década el peso de la religión (o, para ser más exactos, de las religiones) no ha hecho más que crecer. Las manifestaciones del resurgimiento global de la fe son múltiples y diversas, tanto en su intensidad como en su extensión. Las hay desde pavorosas, con conflictos bélicos que afectan a millones de personas, hasta ridículas, como en el caso de la lamentable «teoría» del diseño inteligente, que pretende haber encontrado pruebas de la acción directa de un Creador en algunos fenómenos naturales.

Vivimos, pues, una renovada polémica entre razón y fe que hubiera hecho las delicias de los filósofos escolásticos. Desdichadamente, la polémica no transcurre con la honestidad intelectual que caracterizó a esos pensadores medievales. Los escolásticos no argumentaban en contra de una idea hasta ser capaces de exponerla con la misma claridad y rigor que sus partidarios. Una práctica que los nuevos defensores de la religión suelen ignorar. La nueva polémica entre razón y fe parece muchas veces habitada por una curiosa fauna de indocumentados que quieren imitar a Jesucristo, exhumando e intentando resucitar viejas ideas que, como Lázaro, ya hieden. La cantidad ingente de literatura generada en los últimos años a raíz de esta ya antigua disputa rivaliza con la densa jungla de textos sagrados —incompatibles entre ellos— que ha sabido concebir la mente humana.

Pero a veces hay perlas en el barro. Entre los más recientes escritos destacan los de tres de los intelectuales más prominentes del planeta: *Rompiendo el hechizo: la religión como fenómeno natural*, del famoso filósofo de la mente Daniel C. Dennett, *El espejismo de Dios* del eminente evolucionista y divulgador Richard Dawkins y *El lenguaje de Dios* del distinguido genetista

Francis Collins. Son tres libros muy distintos, tanto en el fondo como en la forma. Collins por un lado y, por otro, Dennett y Dawkins, ocupan esquinas distintas en el cuadrilátero del combate entre razón y fe. Todos ellos son hábiles púgiles y es muy ilustrativo y ameno seguir sus fintas y golpes.

Collins es un hombre de fe. Después de una vida debatiéndose entre el ateísmo y el agnosticismo, Collins recuperó sus creencias al atender a sus padres críticamente enfermos. Como buen cristiano renacido, Collins se entrega al ejercicio vehemente pero imposible de reconciliar a Dios —concretamente al Dios personal de la Biblia— con los avances científicos a los que el mismo ha contribuido. En contraste, Dawkins y Dennett son ateos declarados, argumentan que la capacidad humana para inventar religiones y construir sistemas morales es producto de la evolución y que es urgente someter este tipo de fenómenos al escrutinio científico. Las diferencias entre estos dos autores son grandes, pero sólo en la forma, no en el fondo. Dennett lanza, con rigor pero sin estridencias, un reto a los creyentes; aunque Dios existiera, las manifestaciones religiosas pueden ser —deben ser— objeto de estudio. Dawkins, por otra parte usa su afilada prosa para argumentar la falsedad y la intrínseca perversidad de

las creencias religiosas. Pero vayamos por partes.

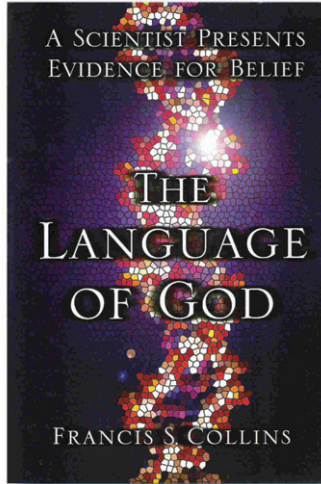
► Francis Collins, *El lenguaje de Dios*

Nacido en 1950 en una granja de Virginia e hijo de padres creyentes pero no practicantes (sus palabras son «nominalmente cristianos»), Collins estudió química en la Universidad de Virginia, se doctoró en química física en Yale y, posteriormente, obtuvo el título de medicina en la Universidad de Carolina del Norte. Su salto a la fama se produce el año 1989, fecha en que su equipo identificó el gen de la fibrosis quística. Desde ese momento, Collins se convirtió en el más destacado «cazador de genes» del planeta. A él y a sus colaboradores se debe la disección de las bases genéticas de múltiples enfermedades, como la neurofibromatosis o la corea de Huntington.

Todos esos méritos le llevaron, en el año 1993, a sustituir a James D. Watson como director del National Center for Human Genome Research de Estados Unidos. Desde esa privilegiada posición, Francis Collins dirigió el *Proyecto Genoma Humano*, una iniciativa pública única no sólo por sus objetivos —cuya importancia es difícil de exagerar— o por su impacto mediático,

sino porque consiguió terminarse antes de lo previsto, a un coste menor y en dura competencia con el sector privado. Finalizado el Proyecto Genoma Humano, Collins sigue a la cabeza de la misma institución y es, sin duda, uno de los científicos más influyentes del momento.

Pues bien, este brillante personaje ha escrito un libro que presenta argumentos más que dudosos para justificar la fe cristiana en el Dios de la Biblia y en Su Hijo Jesucristo. Tacho los argumentos de Collins de dudosos, por no decir erróneos, pero me apresuro a añadir que nada tienen que ver con los recientes delirios de los defensores de la *teoría* del diseño inteligente. Collins no es un embaucador y rechaza el *creacionismo científico* y su versión moderna: el ya mencionado diseño inteligente. Sus argumentos son honestos y sólidos, aunque resulten falsos e incompletos.



Pero quizás los argumentos no sean el único contenido relevante del libro de Collins, que rebosa de anécdotas interesantes. El título, por ejemplo, es una adaptación de la frase del presidente Bill Clinton en el momento de la presentación del primer borrador del genoma humano «...estamos empezando a aprender el lenguaje en que Dios creó la vida». Con un entusiasmo casi escolar, Collins explica que «...la experiencia de secuenciar el genoma humano y de revelar el más notable de todos los textos fue, además de un logro científico impresionante, una ocasión para la adoración de Dios...». El libro, pues, se adentra en las experiencias personales y profesionales de Collins mientras discute diversos aspectos en la frontera del conocimiento científico. En este sentido la lectura resulta interesante. Los argumentos, sin embargo, son otra cuestión. El punto de vista de Collins, que él llama *evolucionismo teísta*, es un conjunto de argumentos conocidos que puede resumirse —y criticarse— como sigue:

1) El Universo surgió a partir del big bang hace unos catorce mil millones de años. Es decir, Collins acepta la evidencia científica al respecto y rechaza las absurdas ideas de la *Tierra joven* en sus diversas versiones. Ahora bien, Collins afirma,

siguiendo un argumento tan viejo como la misma idea de la gran explosión, que el big bang fue un acto milagroso de creación.

2) Las leyes del Universo parecen ser perfectamente adecuadas a la vida. Esta es una observación interesante, que ha producido una arrebatadora sensación de maravilla a generaciones de científicos. Ahora bien, no hay que darle más peso del debido. Tanto si el fino ajuste de las propiedades del Universo para la vida es fruto de los designios de un creador como si no, la observación es inevitable. Si hay seres vivos es porque el Universo donde están permite su existencia.

3) Aunque los mecanismos de la aparición de la vida en la Tierra no están claros, una vez ésta ha surgido es el proceso darwinista de evolución por selección natural el que ha configurado el mundo viviente. Collins acepta una vez más la visión de consenso de la comunidad científica, dejando, eso sí, un resquicio para la intervención de Dios en el misterioso momento del origen de la vida. Una vez la evolución estuvo en marcha, no se requirió intervención divina. Pero atención: la Divina Providencia o los milagros no se excluyen, sólo se reitera que son innecesarios para explicar la vida.

4) Los humanos, que sin duda comparten ancestros comunes con los primates, somos parte de este proceso evolutivo. Aun así, los humanos somos únicos en muchos aspectos. En particular, la naturaleza espiritual de las personas, nuestro sentido de la ley moral (el conocimiento del Bien y del Mal) y la incesante búsqueda de Dios que caracteriza a todas las culturas durante la historia, constituyen evidencias de la existencia de Dios (*sic*).

Planteado su esquema de creencias, Collins dedica la mayor parte de su libro a reconciliarlo con la ciencia. Este es un ejercicio en el que tiene ilustres predecesores. Quizás el que más ha influido en la cosmovisión de Collins sea C.S. Lewis, el famoso autor de

las *Crónicas de Narnia*. De hecho, Collins extrae numerosas ideas y citas del libro procrístico de Lewis *Mere Christianity*. El gran problema de *El lenguaje de Dios* es el mismo que el de la mayoría de sus predecesores: el autor intenta jugar a varios juegos a la vez. Lo hace con honestidad, sí. No intenta engañar, cierto. Y precisamente por eso las acrobacias intelectuales y las lagunas del libro relucen con claridad ante los ojos del lector.

El primero de estos juegos consiste en un examen de las evidencias proporcionadas por distintas ramas de la ciencia. La conclusión de Collins es que la ciencia no puede probar la inexistencia de Dios a pesar de las afirmaciones a este respecto de muchos científicos. Pero, en realidad, cuando se usan argumentos científicos contra la religión, no suelen usarse de forma genérica, sino específica. La mayor parte de las religiones hacen afirmaciones positivas sobre el Universo que pueden ser verificadas. Si somos capaces, mediante el método científico, de comprobar que la cumbre del monte Olimpo no está habitada o que la Tierra no reposa sobre las espaldas de cuatro gigantes elefantes, estamos demostrando la falsedad de determinadas religiones.

Ante el problema de la falsificación de las afirmaciones religiosas, se ha producido una especie de «selección natural» de religiones. Hoy florecen aquellos credos que han conseguido proteger a Dios de los embates de la realidad mediante la estrategia de reducir a un mínimo las afirmaciones positivas sobre el mundo. En buena parte de su libro, Collins se une a las filas de aquellos que intentan *blindar a Dios*. Su Dios está fuera del tiempo y del Universo, y no está sujeto a las reglas que Él mismo ha creado. Sin embargo, puede, de modo misterioso, intervenir mediante milagros si ésta es Su Voluntad. El milagro del big bang, el misterioso origen de la vida, el principio de incertidumbre... No deja de ser la misma historia de siempre: intentar encontrar a Dios hábilmente oculto entre los resquicios de nuestra ignorancia.

Si todo el libro se redujera a este tipo de argumentación, sería tan consistente como poco novedoso o nada convincente. Sería apenas una adaptación de los argumentos de Stephen Jay Gould acerca de que ciencia y religión constituyen dos *magisterios separados* que no son incompatibles porque no se solapan. Ahora bien, como he dicho, Collins intenta jugar a varios juegos y se acaba contradiciendo. Después de usar argumentos del tipo «la ciencia es incapaz

de demostrar la inexistencia del Dios en que yo creo», se lanza, en primer lugar, a examinar la realidad para encontrar pruebas o sugerencias de la existencia de Dios y, en segundo lugar, a intentar conciliar con la ciencia algunas de las creencias más peregrinas del cristianismo (los milagros, la reencarnación, el pecado...).

Respecto al primer punto, Collins arguye la existencia de la ley moral y la búsqueda de Dios como prueba de la espiritualidad humana. Todos tenemos un sentido de lo que está bien y de lo que está mal, sentido que, de algún modo, nos enlaza con el Creador. El gran problema de este tipo de argumentación, ya agotada por Kant, es que ignora el hecho de que la existencia de la ley moral (o mejor dicho, de una diversidad de leyes morales) es un hecho antropológico interesante que no escapa al método científico. Como Dennett y Dawkins explican, cada vez sabemos más respecto a de qué modo la capacidad humana para establecer valores morales y religiosos puede haber surgido mediante selección natural. Puede que no esté lejano el día en que Collins tenga la ocasión de leer artículos que expliquen la arquitectura genética y la historia evolutiva de la ley moral.

Respecto a la conciliación de cristianismo y ciencia, el libro resulta a veces patético. Collins, por ejemplo, suscribe las siguientes palabras de C.S. Lewis (que me siento incapaz de traducir):

«...But supposing God became a man –suppose our human nature which can suffer and die was amalgamated with God’s nature in one person– then that person could help us. He could surrender His will, and suffer and die, because He was man; and He could do it perfectly because He was God. You and I can go through this process only if God does it in us; but God can do it only if He becomes man. Our attempts at this dying will succeed only if we men share in God’s dying, just as our thinking can succeed only because it is a drop out of the ocean of His intelligence: but we cannot share God’s dying unless God dies; and he cannot die except by being a man. That is the sense in which He pays our debt, and suffers for us what He Himself need not suffer at all.»

Aunque uno tenga un alto nivel de inglés este párrafo resulta bastante incomprensible. Produce una cierta lástima leer lo que

Collins tiene que decir a continuación: «Before becoming a believer in God, this kind of logic seemed like utter nonsense. Now the crucifixion and resurrection emerged as the compelling solution to the gap that yawned between God and myself, a gap that could be bridged by the person of Jesus Christ».

Uno se pregunta por qué hace falta todo esto. Collins es un adulto educado. Ha leído y ha viajado mucho. Sabe, por tanto, que hay multitud de religiones. Se puede creer en Dios sin ser cristiano. Se puede creer en un Creador fuente de toda ley moral sin necesidad de perder el tiempo (y la compostura) intentando en vano explicar la virginidad de María. Durante 2000 años han fracasado los reiterados intentos de explicar ésta y otras leyendas o presuntos milagros. Estos fracasos en la aspiración de encajar fe y razón acaban teniendo un nombre: dogmas. Cada religión tiene los suyos y, de hecho, para cualquier lector religioso, pero no cristiano, el párrafo de C.S. Lewis y el comentario subsiguiente de Collins tienen tan poco sentido como para un ateo.

Esto me lleva a la segunda de las *pistas* de la existencia de Dios propuestas por Collins. La búsqueda universal de Dios. Dejando a parte lo mucho que Dennett y Dawkins tienen que decir sobre este tema, hay una clara objeción a este argumento. Collins debería saber que, del mismo modo que se puede creer en un Dios Creador fuente de toda ley moral sin ser cristiano, se puede ser religioso sin creer en este tipo de Dios. Se puede creer en muchos dioses o bien se puede creer en la eternidad del Universo (es decir, se puede simplemente ignorar el concepto de creación) o se puede creer en la reencarnación. En síntesis, no solamente es posible creer en infinidad de cosas distintas a las que cree Collins sino que, como demuestra el budismo, se puede tener una religión sin dios. La *búsqueda universal de Dios* que Collins cree ver en la historia no existe. Quizá sea simplemente chauvinismo occidental.

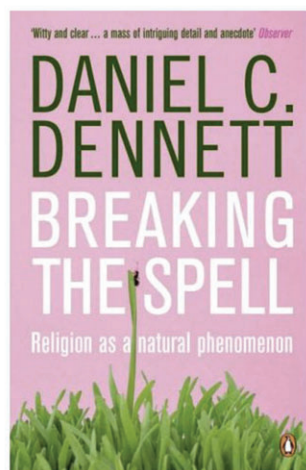
Finalmente, la prueba definitiva de la honestidad, pero también del fracaso, de

Collins es que menciona los argumentos más relevantes en contra de su postura. Discute, sin ir más lejos, el problema del sufrimiento. La dificultad enorme de encajar a un Dios que nos ama con, por ejemplo, las agónicas muertes por inanición que sufren cada día miles de niños inocentes. Collins tiene la decencia de no pretender resolver este problema, se limita a especular, siguiendo otra vez a C.S. Lewis, que quizás «debemos sufrir para aprender». No puedo evitar preguntarme qué les estará intentado enseñar Dios a esos niños y me llama poderosamente la atención que sus muertes le parezcan menos impresionantes a Collins que la existencia de una presunta «ley moral» universal que a Dios no le importa ver violada a diario.

► **Daniel C. Dennett, *Rompiendo el hechizo: la religión como fenómeno natural* y Richard Dawkins, *El espejismo de Dios***

Daniel C. Dennett es mi filósofo vivo favorito. Esto quizás no sea decir mucho, dado que no estoy muy puesto en filosofía contemporánea. Pero, por otra parte, implica que espero sus obras con interés y las devoro con fruición, lo que no me pasaba desde Karl Popper. Sus escritos sobre la significación histórica e intelectual del darwinismo nunca faltan entre las lecturas recomendadas a mis alumnos. Dennett nació en Boston en 1942. Licenciado por Harvard y doctorado en Oxford, actualmente dirige el Center for Cognitive Studies de la Tufts University en Massachusetts. Es autor de numerosos libros y artículos científicos, que abarcan desde la neurociencia y la teoría de la consciencia hasta la teoría de la evolución. Su último libro resulta de la confluencia lógica de dos intereses mayores: la evolución y la mente.

En cuanto a Richard Dawkins, es uno de los mayores culpables de mi afición por la teoría de la evolución, afición que he procurado convertir en oficio. Dawkins es uno de mis héroes personales no sólo por sus contribuciones a la clarificación y divulgación de la biología evolutiva, sino por su incansable lucha en pro del humanismo y de la cien-



cia como única fuente válida de conocimiento. Dawkins nació en Kenia en 1941 en el seno de una familia británica de clase alta. Su vida académica ha transcurrido en Oxford, donde hoy ocupa la Cátedra para la Comprensión Pública de la Ciencia. Es autor de algunos de los libros más leídos sobre evolución de las últimas décadas, como *El gen egoísta* o *El relojero ciego*.

El libro de Dennett empieza despacio. Los primeros capítulos se dedican por entero a argumentar algo que a primera vista parece obvio: que la religión es un fenómeno digno de estudio. Lo hace de forma exquisitamente objetiva. Aunque manifiesta a las claras su ateísmo, procura no alienar al lec-

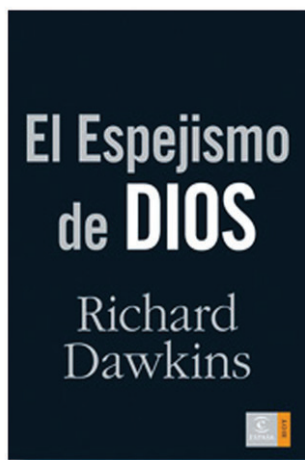
tor teísta emitiendo juicios sobre la validez de unas posturas u otras. Sus objetivos requieren una aproximación más cuidadosa. Se trata de convencer a la audiencia más amplia posible de que, independientemente de si su religión concreta es cierta o no, es legítimo estudiar el fenómeno religioso. La formación de creencias, su evolución y su eventual extinción es un área de trabajo tan interesante y necesaria como el estudio del lenguaje o de la biodiversidad.

tor teísta emitiendo juicios sobre la validez de unas posturas u otras. Sus objetivos requieren una aproximación más cuidadosa. Se trata de convencer a la audiencia más amplia posible de que, independientemente de si su religión concreta es cierta o no, es legítimo estudiar el fenómeno religioso. La formación de creencias, su evolución y su eventual extinción es un área de trabajo tan interesante y necesaria como el estudio del lenguaje o de la biodiversidad.

Muy lentamente, el ritmo del libro va aumentando. Dennett, al contrario que Dawkins, procura no ofender a nadie, pero va poniendo sobre la mesa cuestiones que, sin duda, deberían generar cuanto menos inquietud, si no curiosidad. En el fondo, se trata de decir, con mucho cuidado: «Asumamos que tu religión es la única verdadera. Entonces, ¿por qué hay otras? ¿Cómo es posible que haya personas que sostengan creencias tan obviamente supers-

Examinar estas cuestiones a la luz de la biología evolutiva es un ejercicio apasionante al que Dennett se dedica con maestría en la segunda y tercera partes del libro. Dennett discute también el valor de las religiones y pone en duda su papel como base de la moral. Desafortunadamente, dudo que para cuando se abordan estas cuestiones la audiencia creyente siga con él. Lo más probable es que hayan abandonado la lectura. Para los que hayan podido seguir, Dennett resume de forma brillante el estado de los estudios sobre la *historia natural de la reli-*

gión que se llevan a cabo desde distintas disciplinas y, de hecho, propone un programa completo de investigación para el futuro inmediato. Leyendo el libro de Dennett uno imagina experimentos, análisis y pruebas que llevar a cabo. No tengo dudas de que está llamado a ser un libro influyente y fructífero.



Dawkins tiene los mismos objetivos que Dennett, pero pretende alcanzarlos de un modo completamente distinto. De entrada, aclara que no va a respetar las creencias de nadie. De hecho, advierte que no va a prestar a las religiones un respeto que, según él, no merecen más que las personas. Donde en Dennett había calma y mesura, en Dawkins hay pasión e ímpetu desbordantes.

Dawkins y Dennett estuvieron en contacto durante la redacción de sus obras así que Dawkins, conocedor de la brillante defen-

¿Hay que leer estos libros?

El lector habrá ya adivinado mi postura. Los libros de Dennett y Dawkins son extremadamente valiosos por sí solos y es, además, muy interesante leerlos en paralelo. Dennett demuestra con claridad irrefutable que hay margen para un debate y esboza los argumentos principales; Dawkins los esgrime con valentía, pasión y, sobre todo, con contundencia.

¿Y el libro de Collins? ¿Vale la pena leerlo? Sí, pero sólo como un excelente ejemplo de los extremos a los que puede llegar una persona inteligente para engañarse a sí misma. En contraste con el festín de datos y reflexiones con que Dennett y Dawkins alimentan nuestro intelecto, Collins nos ofrece, con toda su buena voluntad, los restos recalentados de algunas malas explicaciones que superaron hace tiempo su fecha de caducidad. En realidad, el principal argumento de Collins para su fe —«...la simple secuencia del DNA, incluso si se acompaña de una vasta cantidad de datos funcionales, nunca podrá explicar ciertos atributos humanos, como el conocimiento de la ley moral o la búsqueda universal de Dios...»— es una declaración de impotencia hecha como si los libros de Dawkins y Dennett no sólo no se hubieran escrito nunca, sino como si fuera del todo imposible concebirlos.

sa del estudio de la religión que hace Dennett, no se molesta en repetir argumentos. Simplemente discute. Y de qué modo.

En primer lugar, Dawkins disecciona la idea de un Dios Creador y examina, uno por uno, los argumentos habituales para su existencia (desde San Anselmo a Pascal, pasando por Collins). Su conclusión es clara: no hay argumentos válidos. Leer estos capítulos no sólo es educativo y muy divertido, sino que es una fuente de información interesantísima. Su narración del *Gran Experimento de la Oración* es, a la vez, ilustrativa e hilarante. A iniciativa de un grupo de investigadores creyentes, se dividió a un conjunto de 1802 pacientes que debían recibir un *bypass* en dos grupos experimentales y un grupo control. Los individuos del grupo experimental 1 recibieron las

oraciones de las congregaciones de tres iglesias y fueron informados de ello. Los individuos del grupo experimental 2 recibieron las mismas oraciones, pero no fueron informados. Los individuos del grupo control no recibieron oraciones, pero tampoco fueron informados. Los resultados fueron claros. No había diferencias de salud entre los pacientes por los que, sin que lo supieran, o bien se rezó o bien no se rezó. Eso sí, los pacientes a los que se había informado de los rezos y, por tanto, de la posibilidad de una Intervención Divina en su favor vieron modificado su estado de salud.... ¡a peor! Según parece, les angustió pensar «estoy tan mal que van a rezar por mí en tres iglesias».

Examinados los argumentos a favor de la existencia de Dios, Dawkins arguye de forma brillante que, si bien la ciencia no ha demostrado la inexistencia de Dios, la ha hecho, al menos, bastante menos plausible ahora que, por ejemplo, hace 200 años. En esta sección del libro, Dawkins revisita viejos argumentos y propone otros, pero todos gravitan en torno a algo que ya hemos visto: las afirmaciones positivas que las religiones hacen de Dios y que la ciencia ha podido desmentir. Una vez descartada, en buena medida, la hipótesis de Dios, Dawkins explica cuáles pueden ser las raíces evolutivas de las creencias religiosas, de la ley moral o de la búsqueda de Dios. En líneas generales, los argumentos son parecidos a los de Dennett, pero la diversidad de estudios citados y las diferencias en énfasis evitan que ambos textos sean redundantes.

Finalmente, Dawkins aborda las mismas cuestiones que Dennett respecto al papel de la religión como base de la moral y a su valor intrínseco. En estas materias, Dawkins se muestra en plena forma intelectual: argumenta con precisión que las religiones pueden haber coevolucionado con los sistemas morales, pero que no son en modo alguno su base. En su último punto respecto al valor de la religión, Dawkins se muestra, además, implacable. No tiene reparo en calificar a las religiones como uno de los mayores males que aquejan a la humanidad ni en afirmar que el hecho de educar a un niño dentro de cualquier fe debería constituir un delito de abuso a menores. Los argumentos son claramente exagerados y demagógicos, pero muy originales y dignos de reflexión. Además, al contrario de lo que sucede con Collins, los argumentos son completos. Por ejemplo, la objeción que se nos puede haber ocurrido al leer las líneas anteriores —«también se hace mucho bien en nombre de la religión»— es tenida en cuenta y rechazada. #

Arcadi Navarro Cuartiellas

PROFESOR DE INVESTIGACIÓN ICREA
EN LA UNIVERSITAT POMPEU FABRA
(BARCELONA)

► Bibliografía

Francis Collins (2006): *The Language of God: A Scientist Presents Evidence for Belief*. Simon & Schuster.

Richard Dawkins (2007): *The God Delusion*, Black Swan (Versión en español: *El espejismo de Dios*, Espasa Calpe, 2007).

Daniel C. Dennett (2007): *Breaking the Spell: Religion as a Natural Phenomenon*. Penguin Books.